

## PREÁMBULO PARA LAS LECTURAS Y REFLEXIONES ACERCA DEL ESPACIO. LO CONSTRUIDO EN EL RELATO

*Verónica Sofía Ficooseco (Universidad Nacional de la Patagonia Austral /  
Universidad Nacional de La Plata - Argentina)  
y Melina Gaona (Universidad Nacional de Jujuy /  
Universidad Nacional de Quilmes - Argentina)*

### Introducción

En este artículo pretendemos reflexionar en torno a la manera en que algunos espacios son construidos en los relatos de los actores y de las actrices sociales que los habitan y transitan. Nos interesa especialmente recorrer, junto con las descripciones e impresiones que estos testimonios nos brindan sobre esos espacios, algunas pistas sobre el modo en que estos relatos dialogan, por un lado, con construcciones de sentidos previas de los espacios —redes de preconceptos hegemónicos acerca de un lugar que marcan de antemano las condiciones de inteligibilidad—; y, por otro lado, las concepciones que se van elaborando a partir del habitar mismo de esos espacios.

Este ejercicio tiene el fin de observar de manera cuidadosa nuestro proceder etnográfico y crítico a la hora de aproximarnos al campo e intentar establecer un diálogo con las significaciones espaciales construidas por los sujetos y por las sujetas como parte importante de sus experiencias.

Los relatos que serán apoyo de nuestras reflexiones en este artículo son fragmentos de entrevistas realizadas durante nuestros correspondientes trabajos de campo. Uno de ellos se centra en las experiencias de mujeres usuarias del entorno virtual de aprendizaje de la Universidad Nacional de la Patagonia Austral; el otro busca desentramar las distintas dimensiones políticas presentes en las experiencias cotidianas de los militantes de la organización barrial Tupac Amaru de San Salvador de Jujuy, así como las condiciones contextuales concretas en las que se dirimen su ejercicio político.

Al plantear un análisis acerca de los relatos de experiencias, parece fundamental considerar la dimensión espacial que contiene y conforma cualquier experiencia. Específicamente, el foco territorial y espacial de nuestros trabajos hacen necesarias una serie de consideraciones previas, tanto para atender a los preconceptos propios con los que llegamos al campo y que delimitan nuestras preguntas y lecturas del terreno; como para advertir y reconocer las operaciones discursivas que conducen las prácticas y los sentidos con los que los sujetos experimentan y reproducen el espacio.

### Espacio: corporalidades, experiencias y discursos

La teorización de lo social requiere en alguna instancia de la consideración de las dimensiones espaciales que se elaboran a medida que se gestan y reproducen diferentes formas de vínculos sociales.

El abordaje problemático de los espacios devela distintas instancias por las cuales las prácticas, y los sentidos producidos en ellas, van estructurando y materializando capas significantes que intervienen de manera fundamental en la intersección de relaciones que se reconocen como espacio.

Hay un ida y vuelta entre dos elementos que se definen así también de manera dialéctica: el cuerpo y el espacio. Por un lado, el espacio social se constituye al ritmo de las significaciones que hacen los sujetos de él al experimentarlos. En la medida en que se disputan y se hacen hegemónicas las percepciones acerca de los espacios, se vuelven efectivamente materiales sus límites y sus bordes. Las condiciones materiales que cimientan estas barreras funcionan performativamente, ejerciendo poderes preeminentes por los cuales legitiman su propia sustancialidad.

De la misma manera, la vigencia y la eficacia de las normativas por las cuales se constituyen los cuerpos, los hace inteligibles a los términos por los cuales el espacio mismo delimita barreras específicas para unos y otros. La mayor o menor porosidad accesible depende de la jerarquía por la que se organicen culturalmente factores de género, clase, etnia, raza, nacionalidad, religión y sexualidad.

Los bordes de lo experimentado, de aquello que se ve, se practica y se siente, de algún modo, van construyendo imaginarios acerca de los límites y las tramas posibles a través de las cuales simbolizamos los espacios.

Entendemos a la experiencia desde una doble dimensión, como ficción (en tanto creación analítica) y como un hecho político (por ser ese espacio en donde se dirimen todas las lógicas de poder). De esta manera, la experiencia es abordada como una tecnología de inteligibilidad a partir de la cual podemos comprender lo vivido en una multidimensión que se inscribe en lo social más próximo, sin ignorar los contextos más amplios y las múltiples articulaciones, a partir de las cuales podemos leer el aquí y ahora siempre relacional y necesariamente provisorio. La experiencia es el campo de la producción y de la reproducción de los sentidos de lo social, que contiene en ese mismo movimiento las posibilidades de cambio. Podemos entenderla, desde esta óptica, como performance, es decir, que al actuarse se constituye (Ficoseco, Gaona y Lopez, 2012).

Los sujetos no solo construyen actuando los espacios, sino que se construyen a sí mismos al actuarlos. Es decir, que en el juego de significar y reproducirlos, se posicionan y legitiman como actores —no del todo libres, no del todo determinados (García Vargas, 2010)—.

Si bien existe una materialidad empírica, física, acerca del espacio, resulta más productivo encontrar lo que contiene de construido la asimilación que hacemos de él. El carácter ideológico por el cual producimos los espacios, les damos sentidos, contiene en sí una fuerte carga que generiza, clasifica y organiza en dimensiones de lugar y territorio los vínculos permitidos o posibles. La legitimación de estos sentidos da pie a una materialización reconocida como parte del orden natural por el cual los espacios se nos presentan (al parecer, de antemano) de esta manera.

Territorializamos nuestras experiencias y a partir de este mecanismo, por el cual intentamos darle sentido de soporte material a nuestras intersecciones relacionales, es que definimos las proxemias y lejanías, las distancias y las cercanías.

El territorio, en este sentido, es “de un orden más accesible” (Segato, 2007: 71), en tanto espacio recorrido y apropiado políticamente (*ibidem*). Espacio territorializado (Fernandes, 2005) al significarse como instrumento de una identificación y de un reconocimiento compartidos con otros que son

próximos a uno (1).

El reconocimiento por el cual los sujetos se escenifican a sí mismos en un terreno que ya fue definido previamente por otros, hace a las interpretaciones de sus experiencias en él, inicialmente desproblematizadas, incorporándose al territorio como actores con un rol (2).

Las trayectorias previas, la fórmula de percepción espacial previa con la que se incorporan a nuevos terrenos, también implicarán complementar discursos hegemónicos y tradicionales de los nuevos espacios experimentados, a partir de esos términos de lectura. Los sentidos comunes acerca de las formas y dimensiones de los espacios condicionan de modo específico la manera en que se los experimenta.

Sin embargo, la conflictividad y la complejidad siempre presentes en las experiencias redefinirán, a su vez, el desarmado y rearmado de sus propias definiciones espaciales y territoriales.

A raíz de las inquietudes que presenta nuestro trabajo, consideramos también de qué forma se reconocen distintas transiciones ontológicas del espacio: las polarizaciones analíticas entre lo real y lo virtual, la proxemia, la saturación o la carencia. Todo esto, como parte de los relatos (nuestros y por parte de los sujetos) que tenemos que vigilar detenidamente en vistas a escapar a esencialismos metafísicos, dado que intentamos presentar al espacio y sus experiencias, en tanto entramado y dimensión transversalmente producida de manera continua. Nos ocupamos de esta manera de las condiciones de construcción y conocimiento del espacio, y de los marcos de lectura que nos permiten aproximarnos al análisis o comprensión de aquellas experiencias.

Así, cualquiera sea su entidad simbólica, el espacio responde de igual manera a las lógicas y características aquí planteadas: es siempre producido, reconocido y reproducido; legitimado, disputado y resistido; con capacidad de incorporar elementos diferentes, intentar clasificarlos y ubicarlos e intentar dirimir roles para cada uno "presente".

A continuación expondremos algunos fragmentos de relatos de experiencias recogidos en nuestros respectivos trabajos de campo, los cuales serán punto de partida para reflexionar en torno a las relaciones de las construcciones espaciales de las experiencias, los discursos colectivos que marcan y moldean los espacios, y, en un movimiento de reflexividad inherente sobre nuestro enfoque, recorrer los cruces entre esos mismos discursos y nuestras posibilidades concretas de construcción de una mirada que interpele y dé cuenta de las experiencias de los actores y las actoras, y sus espacialidades.

### **La distancia como eje de la experiencia espacial**

La distancia como problema, o como dimensión problemática de la vida en la región de la Patagonia Austral, es un elemento recurrente en los relatos en torno a la cotidianidad. Como se enfatiza en el análisis de las expresiones artísticas locales (Capelo y Hernández, 2010; Medrano, 2010; Ozonas y Pérez, 2010) y de la historia social y política contemporánea (Vidal, 1998), la distancia es un tópico recurrente en los relatos y expresiones artísticas referidos a la región. En el caso de los estudios de mujeres y género también se presenta el tema de la distancia como elemento transversal de los

imaginarios patagónicos. Son ejemplo de esto las investigaciones sobre la historia de las mujeres en la región (Pierini, 2010; Greilich, 2010; Crespo, 2010; Ceballos, 2010) y sobre las condiciones de vida de las mujeres en las urbes sureñas (Enrici y Simonetti, 2010). Todos estos trabajos, si bien muy diversos en cuanto a ubicación exacta de sus inquietudes, las sujetas de su análisis y los objetivos que persiguen presentan la característica de hacer mención, en un momento u otro de sus análisis, a la enormidad de la distancia patagónica y su consiguiente carga de soledad y desolación, como elemento inseparable de la concepción del espacio.

En las entrevistas analizadas es notoria la manera en que se naturaliza la cuestión de la distancia, concebida como problema y nombrada de antemano como sinónimo de lejanía. Hablar de distancia para nuestras entrevistadas parece referir unívocamente a grandes distancias, a lo percibido como lejano, y, de modo lineal, como problemático. De esta manera la tríada distancia-lejanía-problema se presenta naturalizada. No se pone en cuestión ni se analiza en los relatos el motivo o los posibles motivos de esta concepción problemática del territorio, sino que se la integra como un elemento más de la trama experiencial que está ahí y que se percibe como condicionante previo a la experiencia misma de las agentes.

Debemos reconocer que, en una primera instancia, tampoco es esperable de antemano que esta problematización o reflexión forme parte de los relatos sobre la cotidianidad, ya que, siguiendo a Giddens (1993), entendemos que las personas pocas veces están dispuestas a elaborar explicaciones en torno a las motivaciones de sus acciones o pensamientos cotidianos, sin embargo todas las acciones y concepciones, incluso aquellas que parecen banales, responden a intenciones y motivaciones. Concepciones como esta que señalamos (la distancia como lejanía y como problema), que parecen actuar como presupuesto en la base misma de la manera en que estas mujeres construyen y perciben su espacialidad, no pueden ser entendidas como banales o simples coordenadas de inteligibilidad construidas y relativamente estables, sino que pueden aportarnos claves interesantes para pensar en la compleja red de sentidos que entran en juego cuando una comunidad construye su espacialidad.

Al narrar sus experiencias con la educación superior, ya sea como estudiantes, docentes o facilitadoras tecnológicas en un cibereducativo de la UNPA, las entrevistadas reflexionaron sobre la distancia como un componente inevitable y problemático, un obstáculo para sus actividades académicas y laborales.

Dado que nos referimos a experiencias en entornos virtuales de aprendizaje, cabe señalar aquí que muchos autores que analizan las relaciones sociales a la luz de los cambios materiales introducidos por las nuevas tecnologías de la información, suelen aludir a una especie de supresión o relativización de las distancias geográficas (Castells, 2004; Beck, 2012; Mattelart, 2002). Sin minimizar el valor de estos aportes, entendemos que para un enfoque como el que aquí intentamos desarrollar no es conveniente partir de presupuestos teóricos de este tipo, sino, en cambio, valorar primariamente los relatos de los y las actoras sociales, y a la manera en que ellas construyen esos cambios —si existieran— en sus concepciones y experiencias espaciales, tanto virtuales como

geográficas.

Así, Cintia, residente en la localidad de Comandante Luis Piedrabuena, estudiante del profesorado de EGB en la Unidad Académica San Julián, relata su experiencia de educación a distancia cuando esta se llevaba a cabo sin mediación tecnológica y su más reciente intento de estudiar otra carrera, Psicopedagogía, en la Unidad Académica Río Gallegos, donde no se realizan cursados en plataforma virtual.

Me anoté en Psicopedagogía en la Unidad Académica Río Gallegos y no la pude hacer porque no está para hacerla por plataforma (...). Me anoté a esta carrera y no la pude realizar en este año, y otras chicas que también les interesaba y tampoco la pudieron realizar porque no se puede viajar todos los días, es imposible. (...) A veces hay un presencial porque, bueno, a veces en algunos espacios curriculares donde hay presentación porque la carrera docente necesita esto de desenvolverse ¿no? (...) Cuando yo empecé a estudiar en San Julián no había cibereducativo. Esto es más nuevo, entonces era teléfono o sino ir hasta allá, viajar y listo. Si hay materia o no, no sé, no había información, la verdad es que esa parte de mi carrera la tengo muy presente porque era muy dificultoso estudiar. Todavía no existía la educación virtual. Era a distancia pero a distancia de verdad, que te tenías que ir en micro o en auto o como fuese hasta San Julián. Tenías actividades o trabajos prácticos que ibas a llevar los viernes, que igual ahora es los viernes pero por ahí trabajando desde el aula virtual ya tenés agilizadas muchas cuestiones. (...) En esos inicios no, alguien traía las fotocopias de San Julián y las íbamos pasando entre conocidos (Cintia).

Todo el relato está atravesado por la dimensión de la distancia. La distancia “de verdad” de su primera experiencia de educación superior semipresencial, relacionada con los esfuerzos y los sacrificios personales que un viaje periódico podría acarrear ante la necesidad de desplazamiento que demanda estar ahí, parece borrada o desdibujada por la aparición de la plataforma virtual de aprendizaje, que es caracterizada exclusivamente como ámbito de resolución de la problemática de la distancia, o, para decirlo de modo más adecuado, de aplazamiento siempre momentáneo de ese impedimento. El relato nos demarca un imaginario social hegemónico, presente también en otras entrevistadas, acerca de que la problemática distancia se trastoca en impedimento absoluto cuando la plataforma virtual de aprendizaje no es una opción posible.

De igual modo Carolina, dinamizadora del cibereducativo de la localidad de El Chaltén, destaca la plataforma virtual como elemento paliativo de la distancia física, por sobre cualquier característica de tipo académica o institucional, dado que esta lejanía sería la preocupación más apremiante en los y las estudiantes. El desdibujamiento de las distancias geográficas que en teoría proporcionaría la virtualidad, y la consiguiente resolución del problema de la lejanía, no aparece tematizado; por el contrario, el problema sigue presente, y la distancia relacionada de modo inmediato con la lejanía como inconveniente y obstaculizante no parece ser repensada ni reelaborada a la luz de la virtualización de algunas actividades.

Un viaje a San Julián de acá, ida y vuelta y sin dormir en ningún lado, no gastás menos de quinientos o seiscientos pesos, que es un montón de plata. Depende de la periodicidad con la que tengas que viajar, eso depende del nivel de Satep (3) de la carrera, de la asignatura, tiene muchas variantes. Todo el mundo llega acá preguntando “¿cuántas veces voy a tener que viajar?”, la verdad, sinceramente, no te puedo decir, sé que por lo menos vas a tener que viajar una vez por mes seguro, después de ahí depende del año, la carrera, hasta del profesor depende (Carolina).

La característica principal de la plataforma virtual de aprendizaje, que identifican los relatos también como su mayor virtud o ventaja, es la posibilidad de subsanar momentáneamente los impedimentos u obstáculos que la distancia geográfica implica. Como ya mencionamos, la asociación entre distancia y problemas o imposibilidades no aparece cuestionada, sino cristalizada. No se explicitan las coordenadas de esa distancia, respecto a qué, o qué distancia entre qué lugares. El aislamiento geográfico respecto a la Unidad Académica San Julián aparece como igualmente condicionante en ambos relatos, enunciados desde lugares tan diferentes (en términos de distancia geográfica respecto a San Julián) como la ciudad de Comandante Luis Piedrabuena (a 120 km de San Julián) y El Chaltén (470 km). Quizás porque la distancia aquí no se mide solo por el tramo kilométrico, sino que se trata de una construcción más compleja en la que intervienen en buena medida —aunque nunca de modo exclusivo— aquellos imaginarios de la desolación, el frío, la inmensidad y la carencia de población.

El territorio, en estos relatos, se presenta como un constructo de sentidos relativamente estables, que aluden a los problemas, la lejanía y la soledad, sin que las nuevas prácticas virtuales y las consiguientes nuevas ontologías espaciales parezcan, por el momento, disputar seriamente la centralidad de aquellos otros sentidos dominantes.

### **Dos fragmentos del barrio *cantri* Tupac Amaru**

El *cantri* comunitario

En este punto, las reflexiones viran de escenario geográfico. El barrio al que hacemos referencia cuando hablamos del *cantri* Tupac Amaru es uno construido enteramente por la organización barrial de ese nombre en las afueras de la ciudad de San Salvador de Jujuy, en el noroeste argentino. La zona en la que fue construido, el barrio Alto Comedero, es una región urbana reconocida por lo densa, popular y populosa.

El *cantri*, como anuncia el cartel de bienvenida al barrio ubicado dentro del Alto Comedero, es una parodia con tintes de real en comparación con la estructura y funcionalidad de este barrio con “otras” urbanizaciones privadas. Para empezar, tiene de parodia una razón de clase fundamental. A él se mudan, no aquellos ciudadanos que pueden económicamente y optan culturalmente por “resguardarse” de la ciudad como un todo en reservas urbanas en las que se vinculan con pares de clase; sino que, como parte de un proyecto de urgencia habitacional, se construyeron —y

construyen— miles de viviendas (4) para que se muden ahí decenas de miles de sujetos que carecían de condiciones mínimas habitacionales de forma previa, tanto militantes y obreros de la organización, como personas “ajenas” al movimiento.

Tiene de *country* real lo funcional de su territorio. En los límites barriales, virtualmente se presenta todo lo necesario para la reproducción cotidiana de los sujetos. En él se vive, se come, se trabaja, se va a la escuela, se compra, se duerme, se esparce y se recrea, se hace deporte, etcétera. Y así mismo se lo significan los sujetos.

Se fueron construyendo viviendas, en las cuales hoy en día nosotros somos parte de esa ciudad, porque ya es una ciudad. (...) Te digo que no tendríamos lo que tenemos. Hoy en día, si vos conocés el barrio, es una ciudad (Anita).

Sí, cuando ellas (mis hijas) se enferman las traigo acá (al CIC). Además usan la pileta, usan el parque. O sea, todas sus actividades están dentro de este lugar. De acá no salen salvo para ir al colegio, no más. Pero después todo está acá adentro. No tienen necesidad de salir del barrio. (...) Y yo trabajo acá, vengo acá, tengo a mis hijas acá. Y bueno, salvo ir a pagar las cuentas y hacer cosas afuera o ir al centro, viste, y nada más. Después todo es acá adentro (Blanca).

La funcionalidad que presenta el territorio parece plantear todo para que la experiencia cotidiana se escenifique como no demasiado distante de lo que suponen otras urbanizaciones privadas.

Pero ese es el punto para un giro de tuerca fundamental para la reflexión. Los *countries* tienen como objetivo reformular la vida pública de los sujetos. Se privatiza aquello que era público, la vida con los otros, más cercanos o más lejanos. Tiene la intención de fracturar el vínculo, de establecer limitaciones extremas a la privacidad del individuo.

Sin embargo, este barrio, el *cantri*, tiene su génesis en la comunidad, en la labor comunitaria y en la relación estrecha de todos los ámbitos cotidianos en la vida de los sujetos. Quienes viven en el barrio trabajan, en su mayoría, construyendo nuevas viviendas para más familias; cientos de viviendas se prestan a diario al trabajo por parte de los cooperativistas en copas de leche para los niños del barrio; un número importante de estos niños comen día a día en el comedor comunitario; la educación, la salud, los talleres recreativos y formativos, las áreas de esparcimiento son de acceso público y gratuito, comunitario.

Este trastocamiento fundamental de aquello que implicaría una urbanización cerrada, la fragmentación socio-económico-espacial y los miramientos acerca de lo privado como propio e individual (o a lo sumo familiar) resquebrajaría de plano escisiones espaciales preasumidas. No solo con respecto a esos espacios sociales que responden a las características tipológicas que han presentado en las últimas décadas estas nuevas urbanizaciones, sino además con relación al histórico ánimo moderno occidental de dividir y cercenar los diferentes ámbitos de reproducción de la vida. Sin embargo, es necesario tomar los recaudos de lectura para que, más allá de estos preconceptos acerca del espacio, se incorpore esta experiencia barrial a una historicidad de los

sectores populares por desesferizar los espacios en favor de una mayor productividad beneficiosa común.

Las concepciones previas acerca de las urbanizaciones cerradas, tanto las nuestras acerca de sus lógicas privatizantes y demás, como la de los sujetos mismos que en el barrio habitan y gestionan el territorio, significándolo en buena medida como si de un *country* se tratara (el control y la vigilancia que se desarrollará posteriormente), deben ser detenidamente consideradas al reconocer en las observaciones los bordes de lo paródico, frente a naturalizaciones acerca del espacio que configuran lógicas hegemónicas previas acerca de estos modelos urbanos.

En la lectura crítica de esta experiencia existe potencial para problematizar diferentes configuraciones de los lugares, del territorio y de los espacios.

### La saturación de lo comunitario

Parte importante de la vida en el *country* transcurre frente a los imaginarios acerca de la seguridad que implica la limitación territorial. Lo más próximo conocido, la fisonomía vallada, la frontera bien delimitada de lo externo, todo juega en favor de las sensaciones placenteras que provocan mecanismos de seguridad diversos, pero que tienen el fin de hacer materiales y visibles, presentes los elementos del resguardo de lo ajeno y desconocido.

En este sentido, el *cantri* Tupac Amaru también brinda a sus habitantes mecanismos de protección: las vallas en la entrada al barrio, cerradas y vigiladas en las noches, los serenos que recorren todas sus calles las 24 horas del día, los encargados de obras —quienes personalmente se comprometen a lidiar con los conflictos y disturbios ocurridos, tanto en el ámbito laboral, como en el familiar—.

¿Qué trabajos hacen los serenos?

Mayormente vigilancia de distintos puestos de importancia. Mayormente las fábricas, salud. Mayormente el recorrido del barrio. (...) Mayormente a la noche los ves. Yo creo que es cuando más importancia les dan. Mayormente la gente también tiene mucha familia. Como son gente nueva tienen mucha familia afuera. La gente va a visitar a su familia y realmente se ve necesario que haya serenos.

¿Vos cómo consideras que es la vida en el barrio?

Tranquila. Por ahora tranquila. Espero que siga así. (...) Yo antes vivía en Alto Comedero, en la casa de mi mamá.

¿Y creés que es distinta la vida acá que en otros lados?

Sí. Desde mi forma de ver, a mí me gusta mucho el barrio. Me siento tranquilo acá. Yo creo que en otros lados existen siempre los mismos problemas. Entonces uno se cansa de ver todo eso. Y acá te dan la posibilidad de que el barrio sea tranquilo. Tenés serenos de seguridad propia. Muchos menos problemas que en otro lado (Carlos).

El control de las sensaciones de seguridad se basa en la presencia ubicua de elementos de vigilancia pertenecientes a la organización; de la relativa novedad vecinal entre los nuevos vecinos (5) y la contraposición entre lo experimentado previamente en otros sectores, frente a la tranquilidad que

implican no solo la presencia de la seguridad, sino la pertenencia casi unánime a la organización social, lo que implicaría una correspondencia de códigos comunes para la convivencia:

Nosotros acá la casita la dejamos así. Hay veces, vecinos que van dejan sin llave y vuelven y tienen que estar así. Para eso somos compañeros y estamos acá viviendo. Y no nos tenemos que robar acá entre nosotros. Quizás a veces sí roban, son gente de afuera, que entran por la cuarta (etapa), que hay casas que están vacías. Entran por ahí y de ahí entran a robar (Marisa).

La reiterada presencia hace verosímiles los discursos acerca del barrio como una entidad diferente, ajena a lo que sucede entre aquello que lo circunda. Sin embargo, esta suerte de presencia institucional del movimiento social hace de las experiencias de los sujetos un entramado complejo en vinculación con aquello que se representa como privado y cotidiano, y aquello público y comunitario, barrial y de injerencia organizacional.

¿Qué tal es vivir al lado de la oficina de los encargados?

Un martirio. No me gusta. No puedo putear a mis hijos a veces (...). No, no se puede. No me gusta. Mucho vigilante. Me siento vigilada, en serio, revigilada.

¿Por qué?

Porque están todos los encargados, nunca me puedo hacer una jugada. Nunca me pude escapar del trabajo y venir acá, que lo parió. (...) Puta, por vivir al lado de la oficina. (...) Bueno, pero tiene sus ventajas y sus desventajas. A veces, cuando festejan el día del niño, todos los días mis hijos están ahí: "qué es eso". Y ya se vienen con algo. Bueno, pero ya los conozco a todos, cuando necesito mercadería le digo a Vizcacha: "che, Vizcacha, ¿me podés dar mercadería, un bolsón?". Y ahí nomás me da, no me queda lejos, ahí nomás. Pero sí es medio fule, che. Me siento vigilada. Bah, pero mientras no me rompan las bolas, igual. Eso es lo que me caga, que no puedo hacer la jugada. Ni venir un día a hacer una festichola.

¿Hay sereno en la oficina todo el día?

Sí, a la noche queda un sereno en la oficina, creo, che. Creo yo, porque a la noche voy al fondo y se siente un ruido: "debe ser el sereno", digo. Capaz que es el fantasma Tupac. (...) La parte en la que estoy yo es tranquila. Mucho chusmerío, sí. Vos salís y ya aquel "comué" y aquel y aquel. Yo no salgo, estoy metida en la casa (Claudia).

La lógica espacial que se construye e intenta reproducirse en el *cantri* tensiona el proceder que sostiene reminiscencias individualistas de lo que supone la reproducción cotidiana. En términos espaciales, no se dispone de pertenencias individuales; se antepone el bienestar colectivo y el orden funcional a las disposiciones organizativas.

El reconocimiento en los relatos de un cercenamiento de las privacidades y una reducción de los bordes de lo propio (de la vida de uno, personal) se presenta como evidente disrupción acerca de las concepciones previas de las distintas escenas cotidianas. Se rehúye a disponer de todos los espacios

como vidriera común.

### **Acción y coacción: el género, la violencia y las capacidades comunitarias**

Como parte final de estas reflexiones fragmentadas, consideramos la cuestión del tratamiento de la violencia de género en el *cantri*. Aun sin mayores avisos de una perspectiva de género integral en su tratamiento, tanto los serenos, como los encargados intervienen en situaciones de violencia, tratando incluso de interceder en “negociaciones” posteriores. Dos líneas a tener en cuenta acerca del espacio concebido como común a todos:

La primera tiene que ver con las presunciones acerca de qué significa el involucramiento por parte de agentes de la organización en estas situaciones y qué evoca con relación a los espacios:

Al papá de mi hija, sí, lo denuncié. En la central. Tenía que hacerme en los médicos los... porque me había desfigurado la cara, nada más. Y sí, lo denuncié, le hice exposiciones, porque me hacía amenazas, de todo.

¿Y lo denunciaste acá?

Sí, lo denuncié.

¿Acá en la Tupac?

No, en la Tupac, no. No meto los problemas acá. Los problemas de familia, no. Porque digo, para qué los voy a meter acá en la Tupac si después todo el mundo se entera. Prefiero hacer por mí misma y que sea la policía y yo. No voy a meter a nadie más. A la Tupac, no, ni loca.

¿Por una cuestión de qué?

Claro, para que nadie se entere tampoco (Fernanda).

El accionar violento se interpreta como un problema “de familia”, ámbito vitalmente significado como doméstico, privado. La denuncia se elabora por fuera de los límites de la vida en el barrio, en otras instituciones de control, pero no por una mayor o menor legitimidad por una u otra instancia, sino que se reconoce esencialmente la necesidad de desligar la imagen de lo personal amalgamado al conjunto de la vida pública-comunitaria.

Se recargan sobre el carácter comunitario de la resolución de problemas, estigmas acerca de lo público como exhibido. Esto, que se manifiesta como exposición, como mostración no deseada ni requerida, en su intención esquiva compromete algunas de las razones más políticamente activas de la acción comunitaria: la dinámica eficiente de resolver de manera urgente problemáticas transversales al conjunto.

El segundo momento que retomamos con relación a la violencia de género y la significación de los espacios nos presenta la magnitud de la convivencia e injerencia en el *cantri* por parte de la organización; y de qué manera procederes distintos respecto de qué hacer con los espacios modifican, de modo estructural, las experiencias en la vida de las personas.

A veces también familias grandes también que tienen discusiones con su pareja y, bueno, a veces llegan al límite que ya no se aguantan y

explota todo. Pero eso lo arreglan ellos, los serenos. (...) Cosa que ellos ya tratan de solucionar los problemas. O si ven que la persona es una persona golpeadora, lo sacan directamente, porque para qué va a estar todo el tiempo en su casa si siempre va a estar pegándole a la familia, a la mujer.

¿Lo sacan del barrio?

Lo sacan del barrio.

¿Deja de trabajar?

Claro, deja de trabajar. Y quizás el trabajo que tenía él se lo pasan a la señora. Pero se solucionan las cosas, acá se solucionan. No como en otros lados que vos tenés problemas y no te solucionan nada (Mari).

Este punto es clave como final del apartado aquí planteado y como momento que reinaugura una concepción posible acerca de los espacios. La decisión de acción para restringirle al violento cada uno de los territorios que considera propios y personales —en términos en que el sistema patriarcal reduce no solo a las mujeres, sino al grupo familiar a la categoría de posesión material del hombre: su casa, su trabajo, los hijos, el cuerpo de la mujer— dispone un marco diferenciado para los vínculos.

La acción efectiva parece resolver en términos territoriales, y como parte de una decisión colectiva sobre el problema, condenar la violencia de género y hacerla tanto en las pertenencias de lo reconocido como privado (tanto su hogar, como su vínculo de convivencia), como en lo productivo-público (su trabajo). Si bien, por ahora solo podrían reconocerse como paliativos circunstanciales basados en la “tranquilidad pública”, esta acción genera derivas fecundas en reflexiones acerca de las prácticas colectivas eficientes para resquebrajar de modo profundo las lógicas espaciales del estatus patriarcal, parte de los argumentos pilares de razón legitimante de una perpetración violenta.

Las intersecciones relacionales se replantean en el núcleo de un nuevo panorama. Este panorama requiere de una lectura que se libere de sujeciones individualizantes, en vistas a reconocer lo que se genera como órbita común y comunitaria. La circunstancia que supone este momento generativo admite experiencias emancipantes en razón de lo conformado territorialmente.

### **A modo de cierre provisorio**

Generalmente, como parte de la labor de “traducción cultural” que ejercitamos, intentamos reconocer y leer marcos simbólicos que, a modo de proceso, van configurando y conformando la acción humana. Muchas veces, pasamos por alto no solo qué presupuestos previos cargamos nosotros mismos como márgenes comprensivos, sino los límites del discurso mismo en el cual los sujetos pueden elaborar reflexiones acerca de sí mismos.

Cuando intentamos construir un abordaje de investigación que tenga en cuenta las espacialidades, sus corporalidades inherentes, o más precisamente, las dimensiones espaciales de la experiencia, nuestra mirada parece comprometida de antemano con la visibilización de las dimensiones políticas de esas espacialidades, las relaciones de poder que marcan tanto su configuración como su posibilidad de expresión y de construcción en un relato que dé cuenta de ellas. Sin embargo, luego

del breve ejercicio de reflexión que abordamos en este artículo, se volvió evidente la necesidad de aplicar la misma minuciosidad cuando se trata de nuestros propios presupuestos sobre un espacio, un lugar, una forma de habitar determinado lugar. Porque muchas veces los mismos presupuestos hegemónicos que marcan —no exclusivamente, sino como partes de un entramado— las dimensiones espaciales de las experiencias de actores y actoras sociales que forman parte de nuestros análisis son también elementos de trasfondo y de base, que marcan nuestra propia mirada y nuestras posibilidades de inteligibilidad de las experiencias que nos relatan.

Este tipo de observaciones se vuelve especialmente interesante y se sugiere fructífera en vista de que muchas de nuestras inquietudes investigativas suelen encontrarse de frente con las perplejidades que abren cierto tipo de modelizaciones a partir de la globalización y su consiguiente cifrado, los modos hegemónicos de nombrar y comprender ciertos cambios. Cuando el contexto local no parece a priori dispuesto a responder a las fórmulas del deber ser de los habitantes del mundo globalizado, del mercado, del ciudadano global, del consumidor de tecnologías, del habitante de urbanizaciones cerradas, las explicaciones parecen remitirnos una y otra vez a revisar la manera en que esas fórmulas dominantes, esos presupuestos, tanto en los relatos de nuestros entrevistados y entrevistadas como en nuestras propias posibilidades de comprenderlos, se conflictúan con el territorio que se constituye efectivamente en sus prácticas.

En el recorrido realizado por los relatos de espacialidades, encontramos también, a propósito de lo antes mencionado, algunas tensiones que, sin llegar a ser rupturas discursivas, marcan de alguna manera esta disputa entre un discurso hegemónico que de algún modo moldea los espacios y la forma de habitarlos y transitarlos, y las espacialidades que efectivamente las personas construyen.

Se retoma, para vivir, de aquello que conocemos de antemano. Los relatos previos, tradicionales, hegemónicos, históricos acerca del lugar en el que nos encontramos es aquello a lo que apelamos para reconocerlo y leerlo. Son los desbordes que la práctica confiere los que de alguna manera van modificando qué se hace en y con el espacio. Aún sin reconocerlo o hacerlo inteligible, se generan corrimientos. Pocas veces podremos leerlo de manera casi inmediata, seguiremos recurriendo a lo transitado, hasta por fin reconocer que el desborde de la agencia hizo del lugar algo reconocido como diferente.

No decimos nada nuevo al decir que necesitamos nuevas referencialidades geográficas, pero de hecho es evidente que el suelo construido aún no es del todo interpretado en nuevos marcos.

En el ida y vuelta entre las tensiones entre los moldes hegemónicos en torno a los espacios, en la estrategia práctica con que se los construye de manera imprevista y en el reenvío de aún expresarlos bajo fórmulas hegemónicas, es el pliegue en donde encontramos otra interesante dimensión para problematizarnos la espacialidad de las experiencias de manera fructífera y crítica. Este es un preámbulo para las reflexiones críticas acerca de la experiencia y el espacio.

## Notas

- (1) “Significante de identidad” (Segato, 2007: 73).
- (2) “La definición tipológica de roles es un correlato necesario de la institucionalización del comportamiento” (Berger y Luckmann, 2008: 95).
- (3) Sistema de Asistencia Técnica y Pedagógica (SATEP). Cada estándar de SATEP plantea diferentes requerimientos vinculados con la periodicidad de la relación docente-alumno, las características de los materiales construidos para el desarrollo de la asignatura, la cantidad de horas presenciales necesarias para el logro de la regularización de cada asignatura, etcétera. Hay cinco niveles de SATEP; los niveles 3, 4 y 5 son característicos de las modalidades de educación no presencial.
- (4) Que cuenta con dos habitaciones, un baño y una cocina-comedor construidos en material de cemento concreto.
- (5) Entre los relatos conseguidos, el período de tiempo que llevaban viviendo en el barrio iba de entre los tres meses hasta los cinco años, como máximo.

## Bibliografía

- BECK, Ulrich y BECK-GERNSHEIM, Elisabeth (2012). *Amor a distancia. Nuevas formas de vida en la era global*. Buenos Aires. Paidós.
- BUTLER, Judith (1993). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires. Paidós.
- CASTELLS, Manuel (1999). *La era de la información: economía, sociedad y cultura. Volumen II: El poder de la identidad*. México. Siglo Veintiuno.
- CASTORIADIS, Cornelius (1975). *La institución imaginaria de la sociedad* (vol. 2). Buenos Aires. Tusquets.
- CRESPO, Edda Lía (2010). “Medio siglo de maternalismo. Liderazgos étnicos femeninos, repertorios organizacionales y patriotismo en la zona litoral del Golfo San Jorge”. En *Relaciones de género en la Patagonia*. Acta de las I Jornadas Patagónicas de estudios de las Mujeres y Género. Chubut. Vela al Viento ediciones patagónicas.
- GREILICH, Milva (2010). “El rol de las mujeres en la sociedad ypefiana”. En *Relaciones de género en la Patagonia*. Acta de las I Jornadas Patagónicas de estudios de las Mujeres y Género. Chubut. Vela al Viento ediciones patagónicas.
- MATTELART, A. (2002). *Historia de la Sociedad de la Información*. Barcelona. Paidós.
- MEDRANO, Susana (2010). “Hacia la identidad femenina y patagónica en el corpus poético de la revista *Argentina Austral*”. En *Relaciones de género en la Patagonia*. Acta de las I Jornadas Patagónicas de estudios de las Mujeres y Género. Chubut. Vela al Viento ediciones patagónicas.
- MORENO SARDÁ, Amparo (2010). “Mujeres y ciencia: de la negación y la invisibilidad, a las aportaciones para la renovación de las Humanidades y las Ciencias Sociales en la era digital”. En RADL PHILIPP, Rita (comp.). *Investigaciones actuales de las mujeres y del género*. Universidad de Santiago de Compostela, Servicio de publicaciones e intercambio científico.
- OZONAS, Lidia y PEREZ, Alicia (2010). “Representaciones culturales urbanas. Los museos de la ciudad de Neuquén”. En *Relaciones de género en la Patagonia*. Acta de las I Jornadas Patagónicas de estudios de las Mujeres y Género. Chubut. Vela al Viento ediciones

patagónicas.

- PIERINI, María (2010). “La empresa telefónica de Río Gallegos y sus trabajadoras”. En *Relaciones de género en la Patagonia. Acta de las I Jornadas Patagónicas de estudios de las Mujeres y Género*. Chubut. Vela al Viento ediciones patagónicas.
- ROCHA MAGALHÃES, Livia Diana (2010). “Género, participación laboral, educacional y procesos formativos”. En RADL PHILIPP, Rita (comp.). *Investigaciones actuales de las mujeres y del género*. Universidad de Santiago de Compostela, Servicio de publicaciones e intercambio científico.
- SALINAS, J; MARQUEZ, E (comp.) (2009). *El cibereducativo como estrategia para la inclusión social*. Río Gallegos. Editorial UNPA.
- VIDAL, Hernán (1998). “La frontera después del ajuste. De la producción de soberanía a la producción de ciudadanía en Río Turbio”. *Cuadernos para el debate* No. 1. Buenos Aires. IDES.
- WAJCMAN, Judy (2006). *El tecno feminismo*. Madrid. Cátedra.
- WEISSER SOTO, B. (2010). “Mujer y trabajo en Chile: una realidad desafiante”. En *Relaciones de género en la Patagonia. Acta de las I Jornadas Patagónicas de estudios de las Mujeres y Género*. Chubut. Vela al Viento ediciones patagónicas.